

DOCUMENTO

DE PERICLES A SICILIA*

MARTHA ELENA VENIER

La libertad individual, que no debe manipularse, el respeto absoluto por la vida son valores indiscutibles y, sin duda, instrumentos adecuados para definir el interés nacional, sobre el cual sustentar la política internacional. La mayoría estará de acuerdo en que, en el ámbito moral, hemos avanzado mucho desde los antiguos días de Atenas. Se abolió la esclavitud, son contados los que se oponen a un gobierno popular, a la democracia, e, hipotéticamente, ningún líder democrático hablaría en público sobre el imperio como Pericles en su discurso; el progreso ha vuelto innecesario reunir bienes materiales y políticos aprovechándose de países aliados. Aun así, la doble dificultad del interés nacional, determinarlo primero y luego ponerlo en práctica, al parecer, no se ha resuelto aún.

Esta larga cita, que traduzco, se encuentra en el capítulo tercero (“Democracy, Consensus and National Interest”, p. 97) que M. I. Finley incluyó en la segunda edición de su libro *Democracy Ancient and Modern* (1984).

Por la fecha en que este fino e incisivo especialista en el mundo clásico y sus avatares las escribió, esas líneas pueden sonar demasiado optimistas; sabemos que la esclavitud recibe otros nombres, que la democracia –según se entiende vulgarmente– es relativa o disfraza tiranías, que “primer mundo” y “tercer mundo” son maneras de esconder al poderoso y al sometido. Finley acierta, no obstante, en la cuestión del interés nacional, idea muy apreciada por los estadounidenses (no menos por los europeos), porque con ese pretexto invadieron territorios grandes y pequeños, declararon guerras, y aún está por ver qué procede. Con todos los matices que se nos ocurran, algo parecido al interés nacional inició la guerra entre las ciudades estado de Helas y el Peloponeso hace dos mil quinientos años.

* Conferencia leída para el Phoenix Institute, 10 de abril de 2010.

Es probable que lo escrito sobre Tucídides y los ocho libros que componen su testimonio sobre el conflicto –en su opinión, el movimiento más grande que vio la Hélade– pueda reunirse en numerosas estanterías, sin contar los artículos en revistas especializadas, aunque se concentren en temas siempre abiertos a discusión: Pericles como líder y el contenido de sus discursos, la ubicación de Tucídides en esas décadas, como participante y observador, los diálogos de Melia, Alcibíades y sus hechos, el instinto de expansión que dominaba a los atenienses y la razón de su derrota.

El primer libro es preparación para el inicio de la guerra. Tucídides discurre en él sobre la progenie de los helenos sin prescindir de Homero, porque en su época la guerra de Troya –mejor dicho, el contenido de la *Ilíada*, sin dejar de lado su valor poético– podía tener también valor documental. Puesto que los ocho libros están dispuestos según la cronología, no cabría dudar de que Tucídides los ordenó como ahora se leen, aunque sí de cuándo los escribió, porque repeticiones y contradicciones de algunos datos hacen suponer a los bien entendidos que faltó revisión de esos puntos, especialmente en el libro octavo, a todas luces incompleto. En cuanto al título que ahora identifica su obra, habría más dudas, a menos que algunos doxógrafos (recopiladores y comentaristas de textos) hayan dado en llamarla así. Diódoro de Sicilia (*Biblioteca de historia*, XIII, 42), quien también escribió una guerra del Peloponeso, dice simplemente que Tucídides escribió su historia sobre los veintidós años de la guerra en ocho libros; Jenofonte, en su *Helénica*, terminó la tarea que Tucídides dejó inconclusa; Plutarco, en la biografía de Alcibíades, inevitablemente cae en el tema y Aristóteles, en la *Constitución de Atenas* (28, 5), alude al conflicto y distingue a Tucídides y Nicias como patriotas valiosos.

Por lo demás, hay que pensar por cuántas manos cruzaron las copias del autógrafo antes de llegar a los manuscritos que se conservan, ninguno anterior al siglo once. En el siglo quinto antes de la era común, el sustantivo ἱστορία (historia) y su verbo ἱστορέω (averiguar, informarse, contar) no tenían el significado que adquirieron luego. La primera línea del primer libro dice simplemente Θουκυδίδες Ἀθηναῖος ξυνέγραψε τὸν πόλεμον τῶν Πελοποννησίων καὶ Ἀθηναίων ὡς ἐπολέμησαν πρὸς ἀλλήλους (Tucídides, ateniense, escribió sobre la guerra entre los del Peloponeso y los de Atenas unos contra otros). Dice también que empezó a escribirla no bien inició el conflicto, porque creyó que sería algo de notar en su tiempo y los que siguieran.

Puesto que mucho de lo que se lee en los ocho libros no se obtuvo de la experiencia directa (en el séptimo año de la guerra Tucídides fue condenado al destierro), incluidos los lamentables hechos de la invasión a Sicilia, y a la menor provocación alguien toma la palabra para persuadir a los oyen-

tes con discursos de razonable extensión, es importante leer con cuidado el capítulo veintidós del primer libro, donde Tucídides justifica el notable registro de todos los discursos y de los hechos en que no participó. Cito por extenso la traducción de Rodríguez Adrados, única versión completa en español que tengo a mano:

En cuanto a las cosas que dijeron los de cada bando en sus discursos cuando iban a emprender la guerra o estaban en ella, resulta difícil recordar literalmente lo que se dijo, tanto a mí de lo que oí, cuanto a los que me lo comunicaron tomándolo de otra fuente, en mi obra están escritas del modo que cada orador me parecía que diría lo más apropiado sobre su tema, manteniéndome lo más cerca posible del espíritu de lo que verdaderamente se dijo; y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que estuve presente o sobre las que interrogué a otros con toda exactitud posible. La verdad se halló con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno. Y puede ser que la falta de color mítico de este relato parecerá poco agradable a los oídos, pero me conformaría con que cuantos quieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de las cosas que alguna vez hayan de ser iguales o semejantes según la ley de los humanos, la juzgue útil. Pues es una posesión para siempre, no una obra de concurso que se destina al instante.

De estas normas básicas habrá extraído Luciano los elementos para su ensayo, “Cómo se escribe la historia”, porque ahí y en otras partes de su obra cita con frecuencia a Tucídides.

La guerra (431-404 antes de la era común) comenzó luego de treinta años de tregua, a los que habían precedido sucesivos triunfos atenienses sobre los persas, antecedente que no conviene descartar, porque esas guerras destacaron la capacidad de sus estrategias y la fuerza de su flota. En los años que cubre el relato, en cambio, hubo pueblos devastados, hambrunas, sequías, pestes, rebeliones y, sumado a todo, terremotos, eclipses, que en circunstancias como éstas aumentaron su valor ominoso.

Tucídides es puntual en su relato de los hechos que desataron la guerra, pero en I, 23 opina, como opinaron a su tiempo los sicilianos, que contribuyó en gran parte el afán conquistador de los atenienses: “Creo –dice en ese párrafo– de acuerdo con la causa verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, los forzaron a luchar”.

Pericles era la figura más destacada de la época; Tucídides alude a esto con frecuencia, aunque se extiende con mejores razones en el párrafo 65

del segundo libro, cuando, como anoto abajo, la *polis* le hace cargos por sus fracasos:

Pericles, que poseía autoridad por su prestigio e inteligencia y era inaccesible al soborno, contenía a la multitud sin quitarle libertad y la gobernaba en mayor medida que era gobernado por ella, porque no hablaba por capricho para buscar influencia por medios indignos, sino que, por su honor, se oponía a la multitud. Así pues, cuando se daba cuenta de que los atenienses, ensoberbecidos, tenían confianza injustificada, con sus palabras los contenía, atemorizándolos, y cuando sin razón temían, les devolvía la confianza. Aunque oficialmente Atenas era una democracia, en realidad era un gobierno de su primer ciudadano.

En los dos primeros discursos (I, 140 y II, 13), directo el primero, el segundo indirecto, Pericles alude a la situación en que se encontrarían los atenienses si entraran en guerra: no faltan hombres de mar y tierra, dinero ni experiencia, y hay razones para suponer que con esas ventajas saldrán vencedores, en especial porque los espartanos están en situación inversa. El tercer discurso (II, 35), más conocido porque en él se honra a los primeros caídos en batalla (según cuenta Diódoro de Sicilia, XI, 33, 3, la tradición de escoger a un orador dotado para esta ceremonia se remontaba a las guerras médicas), comienza con un largo exordio que encomia la situación política de la Hélade, en especial su *δημοκρατία*, ejemplo para todos, porque se respeta lo individual y se cumple con lo público, “más que nada por un temor respetuoso, ya que obedecemos a los que en cada ocasión desempeñan las magistraturas y las leyes, sobre todo las que están legisladas en beneficio de los que sufren la injusticia, y en cuanto a las no escritas [las leyes naturales], si no se cumplen, traen vergüenza manifiesta a los que no las cumplen”. Eso en lo que corresponde al lado político, porque, además, dice, “hemos procurado recreos del espíritu, pues tenemos juegos y sacrificios anuales, y hermosas casas; disfrutar a diario de todo esto aleja las preocupaciones; por el gran número de habitantes de la ciudad, entran en ella la riqueza de toda la tierra y así obtenemos utilidad de los bienes que se producen en nuestro país y de los que obtenemos de los demás pueblos”. Y remata con una frase matizada de orgullo: “puedo decir que nuestra ciudad es escuela de toda la Hélade”. La primera parte del discurso sustenta la segunda, en la que honra a los que murieron en batalla, porque así como la *polis* es grande, también es el sacrificio de los caídos. Se desprende de estas líneas que es antiguo ese estilo de democracia –palabra cuya virtud es llenar la boca de quien la pronuncia–, que goza de relativa buena salud en lo interno, pero en el exterior puede convertirse en dominio y represión.

El que aquí numero como cuarto discurso de Pericles (II, 60) es síntesis de lo que hasta ese momento ocurría en la guerra, dos invasiones de los espartanos, la plaga y, en consecuencia, la desazón. Culpar a Pericles por las desdichas que acosaban a los helenos era lo inmediato. En este discurso, matizado de defensa y acusación, hay frases perdurables: “como yo, ustedes votaron por la guerra”; “deben enfrentar al enemigo confiando en ustedes y despreciándolo”; entrar en guerra “es simplemente estúpido para quienes tienen derecho de escoger”; “como ciudadanos de una gran ciudad estado, deberían soportar sus males, no manchar su fama”. Y el epílogo: “quienes muestran menos preocupación ante la calamidad y espiritualmente resisten más, son los más fuertes, se trate de individuos o de estados”.

Lo que sigue, en las frases sentenciosas de Tucídides, es que a pesar de condenar al general a una multa por sus faltas, “no mucho después, como suele hacer la muchedumbre, lo eligieron general y le confiaron todo el poder, pues veían ahora con más indiferencia sus intereses personales [...] y creían que era más útil para lo que necesitaba la ciudad toda, porque durante el tiempo que en la paz estuvo al frente de la ciudad la conducía con moderación y la guardaba con seguridad, y bajo su mando se hizo muy poderosa”. Dos años y meses después, cuando la epidemia cobró la vida de Pericles, los atenienses, según observa Tucídides, olvidaron la prudencia que les recomendó en cuanto a resguardar la ciudad y no exponerla al peligro. “Pero ellos –añade Tucídides– hicieron todo lo contrario y se lanzaron por ambiciones e interés particulares a muchas empresas, que en opinión común caían fuera de los intereses de la guerra, con perjuicio para sí y sus aliados, empresas que si tenían éxito eran beneficio para individuos particulares y si no lo tenían era para la ciudad un fracaso militar” (II, 65), alusión casi directa al fracaso de la campaña en Sicilia que, dice Green en la introducción a su libro *Armada from Athens*, “was the final failure of Pericles’ experiment in democratic imperialism”.

En el discurso del libro segundo, Pericles se refiere al gran legado de los antepasados, en especial la ciudad libre en la que viven, y los extensos territorios sometidos a ella. En las traducciones de este párrafo 36, la palabra αρχή, que significa comienzo, pero también dominio, se traduce como *imperio*, en cuanto al control político absoluto de territorios conquistados por guerras o por acuerdos, atribuyendo a los atenienses un criterio, que para los romanos era de tipo administrativo y adquirió su significado moderno (poder ejercido por los emperadores) terminada la república. Jacqueline de Romilly, *Thucydide et l’impérialisme athénien*, analiza en profundidad esa situación, y destaca en el discurso de los atenienses los argumentos que distinguen su estilo de dominar, cuyo sustento no es sólo la fuerza, porque observan la justicia en aquellos que dominan más que otros en las mismas circunstancias.

Pero en lo que se conoce como el diálogo de Melos –párrafos 85-113 del libro quinto– hay un ejemplo no despreciable de lo que se podía ganar o perder cuando en nombre de la democracia se buscaba colonizar. Los atenienses procuraban alianza o vasallaje en esa isla al sur del Peloponeso, partidaria de los lacedemonios, pero neutral. El argumento básico de los atenienses se sustentaba en que si los melios aceptaban el vasallaje, que en esencia significaba pagar tributo, no habría necesidad de dominarlos por otros medios y de esa manera les evitaban el trabajo de destruirlos. Las alternativas no eran favorables para los melios, que descartaron cualquier trato. En el último asedio de los atenienses, a quienes favoreció la traición, los melios capitularon y, cuenta Tucídides, “los atenienses ejecutaron a todos los melios en edad viril que cayeron en sus manos, redujeron a esclavitud a niños y mujeres, y enviaron luego quinientos de sus colonos para poblar la ciudad”. Ése, por norma, era el destino de los vencidos de uno y otro bando.

La expedición a Sicilia, descrita en los libros sexto y séptimo, no fue la primera de los atenienses; en el quinto año de la guerra, a solicitud de los leontinos enviaron una flota en su auxilio, pero, comenta Tucídides, lo hicieron para evitar que el trigo siciliano llegara al Peloponeso y, además, explorar la posibilidad de incorporar la isla a sus dominios. Combatieron allí durante ese verano hasta el invierno del sexto año; hubo otra incursión, documentada en el libro cuarto, en el séptimo año de la guerra, y la tercera, mayor que las anteriores, preparada con sumo cuidado, con abundancia de barcos y tropas. “Se comprometían, dice Tucídides, a una guerra tan importante como la que sostenían con los del Peloponeso”, pero sin conocimiento de la isla, sus habitantes y recursos bélicos.

Hay que regresar a lo que dije en el primer párrafo, la cuestión del interés nacional. En la punta occidental de la isla se encuentra Eggesta, ciudad que pidió auxilio a los helenos; es fácil advertir que la gran flota ateniense se hizo a la mar por razones de más peso: la riqueza material de Sicilia. Aunque los atenienses tenían colonias en el territorio conocido como Magna Grecia, la Hélade había perdido en el siglo quinto capacidad de sustentarse; sólo sus vides y olivos eran moneda de cambio con la que adquirirían todo lo imprescindible para el sustento diario, de modo que se volvió dependiente de los que producían grano en abundancia. Peter Green, que dedicó el libro citado arriba a la guerra con Sicilia, dice que observando el mapa de los grandes mercados de granos en el siglo quinto, se advierten los motivos que tuvieron los atenienses para invadir un territorio que veían como El Dorado. Además, ése no era el único problema; también en ese siglo los helenos habían quedado sin madera para sus barcos; el ganado caprino, la producción de carbón, las invasiones y la necesidad de construir naves para su gran flota terminaban con los bosques

antes de que los renuevos tuvieran tiempo de madurar. Según Green, “by Plato’s day, the early part of the fourth century, Attica was already a bare, unwooded region”.

Con la elaborada sucesión de embajadas, discursos, cambio de promesas, traiciones, corrupción, epidemias, empobrecimiento que matizan esos decenios de guerra, puede parecer algo absurdo que hayan emprendido otra, cuando la Hélade estaba en un periodo de paz y empezaba a recuperarse en lo material y en población. En el libro sexto, cuando la asamblea había votado por zarpar a Sicilia, Nicias, uno de los generales que estuvieron luego a cargo de la expedición, propuso, en un discurso muy sensato, regresar a la discusión porque, diezmada la población por las pestes y agotado el territorio por la lucha, perderían lo poco que aún conservaban: su dignidad, sus aliados y algo de fuerza; no era necesario dejarse llevar por la ambición de los jóvenes que intentaban con esa aventura costosa, en hombres y dinero, cubrirse de gloria y de riqueza. Se refería directamente a Alcibíades, quien recibió el golpe y lo devolvió en el discurso de respuesta con razones vehementes, pero ajenas a la realidad: “no hay que pensar en Sicilia como gran potencia”, opinaba; con su conquista se podía demostrar a los del Peloponeso su desprecio y aprovechar la oportunidad para extender dominios y poder.

Nicias conocía mejor a los siracusanos, pero no podía ya deshacer la decisión que había tomado la asamblea; enumeró, pues, lo que la expedición debía contener, en hombres y alimentos, porque “contra una potencia como ésa, dijo, no basta un ejército corriente de desembarco, sino mucha infantería, si queremos hacer algo digno de nuestro proyecto, y que una caballería numerosa no nos cierre el paso”.

No hay necesidad de imaginar lo que fueron esos preparativos para la expedición, porque están descritos con minucia, lo mismo que la ceremonia para despedir la flota:

Una vez que las tripulaciones se embarcaron, y estuvieron dentro de las naves todas las cosas que los expedicionarios debían tener antes de hacerse a la mar, la trompeta ordenó silencio y todos recitaron las plegarias tradicionales antes de levar anclas, no por naves aisladas, sino todos juntos, soldados y jefes, repetían las palabras del heraldo; mientras mezclaban vino [con agua] en todo el ejército y hacían libaciones en copas de oro y plata, los acompañó en la plegaria la multitud de tierra que formaban ciudadanos y amigos.

Los generales encargados de la expedición no combinaban muy bien: Nicias, tenía más de sesenta años, padecía una enfermedad crónica y su enemistad con Alcibíades era pública. Lámaco, quien tenía la edad de Ni-

cias, era un militar que se regía por las normas de su profesión. Alcibiades era temerario y, si hemos de creer la biografía que elabora Plutarco en *Vidas paralelas*, la lista de los hechos en su vida es suma de su carácter egocéntrico y caprichoso. En los tres años que duró la invasión, sólo Alcibiades sobrevivió, por un detalle que era también parte de la democracia ateniense. La noche anterior a la partida de la armada, un grupo de número indefinido había mutilado todas las estatuas de Hermes; corrió el rumor de que, en ese acto incongruente, había participado un pariente de Alcibiades. Cualquier acto de impiedad, como ése, o juzgado como tal por quienes gobernaban, recibía juicio y condena (es de recordar el destino de Anaxágoras o de Protágoras; Diógenes Laercio, II, 10, IX, 51). Reclamado, pues, desde Atenas, para que diera cuenta de la misteriosa destrucción de las estatuas, Alcibiades desertó y buscó refugio con los lacedemonios; no fue poca su influencia en la derrota de los atenienses.

El territorio que los atenienses intentaban conquistar, según cuenta Tucídides, estuvo poblado en un principio por legendarios cíclopes y lestrigones, luego por fenicios, griegos e incluso troyanos, que habían huido de su ciudad destruida. Prescindiendo de los cíclopes, la isla no era el territorio desarticulado al que aludía Alcibiades en su discurso. A la inversa –en ese mismo siglo surgieron ahí, con Gorgias de Leontini, los fundamentos de la oratoria forense–, sus habitantes estaban bien preparados para resistir la ofensiva, aunque poco cuesta imaginar lo que significaba para los siracusanos la noticia de la invasión ya próxima. Hermócrates, general siracusano al que Tucídides distingue con elogios, advierte al pueblo, que se siente desprotegido, lo que puede ocurrir si los atenienses llegan a la isla. Ante la indecisión, un caudillo del partido popular, Atenágoras, con buen sentido común, advierte que el poderío de la armada ateniense no podría competir con los recursos que los sicilianos tenían en tierra y resume en pocas líneas la situación en que se encuentran:

Alguien dirá que la democracia no es ni razonable ni justa y que los dueños de los dineros son los más aptos para gobernar. Pero afirmo que el pueblo es la totalidad de la ciudad y los oligarcas sólo un aparte, y que los ricos son los mejores guardines del dinero, pero tienen mejor juicio en las decisiones los hombres inteligentes y juzga mejor la multitud una vez informada del asunto que se trate, y estas tres clases de ciudadanos tienen en la democracia igualdad de derechos. En cambio, los oligarcas hacen participar en el peligro a la multitud y en cuanto a ventajas no sólo llevan la mejor parte, sino que se apropian de todas: esto es lo que desean los poderosos y los jóvenes, pero es imposible que lo consigan en una ciudad populosa como ésta.

Atenágoras inserta este párrafo para borrar preocupaciones por la invasión inminente, pero sirve como ejemplo de dos cuestiones elementales: algo parecido a la democracia, tan encomiada por Pericles, se practicaba fuera de Ática, y la clase política, con sus defectos más que sus virtudes, atravesó edades, y sin cambios, por lo menos desde ese siglo quinto.

En los libros sexto y séptimo se describen el destino de la expedición, el desastre de la armada ateniense –sucesión de errores y malos cálculos– y la rendición de Nicias, a quien los vencedores no perdonaron la vida. Luego se instaló la decadencia, “la bancarrota política, económica y social de la Grecia clásica” (Arthur Koestler, *Los sonámbulos*). ἦθος ἀνθρώπων δαίμων (“el carácter del hombre es su destino”) reza el fragmento 119 de Heráclito; quizá por eso, en el siglo cuarto, Platón el ateniense y el macedonio Aristóteles (“both disapproved of democracy in principle”, observa Finley) establecieron, aun en esas circunstancias, los principios del pensamiento occidental.